

Entre la emergencia oficial y el desconcierto opositor

Chile en el primer año de gobierno de Sebastián Piñera

MARÍA DE LOS ÁNGELES FERNÁNDEZ RAMIL

La emergencia ocasionada por el terremoto que asoló Chile en 2010 marcó el primer año de gobierno de Sebastián Piñera y volvió difícil recurrir a balances convencionales. A las promesas de campaña y los resultados en las encuestas, se hace necesario añadir dimensiones tales como estilo de liderazgo, procedimientos y resultados. Por su parte, la oposición liderada por la Concertación enfrenta dificultades insospechadas para encontrar su lugar en el sistema político. La reciente visita del presidente Barack Obama, que buscó refrendar el carácter de Chile como referente para la región, tuvo lugar en un momento en que comienzan a surgir críticas al modelo de crecimiento aplicado en las últimas décadas.

■ La hora de la alternancia

El triunfo de la derecha en la quinta elección presidencial llevada a cabo después del retorno a la democracia en Chile –ocurrido en 1990– no dejó de ser una sorpresa, especialmente por el rol controvertido que ese sector había tenido en el quiebre de la

democracia en 1973. Sebastián Piñera, su abanderado, triunfó el 17 de enero de 2010 en la segunda vuelta de la elección presidencial con 51,6% de los votos válidamente emitidos, frente a 48,4% obtenido por el ex-presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle, candidato de la Concertación. Era la segunda vez que la derecha concurría unida a

María de los Ángeles Fernández Ramil: científica política por la Universidad Central de Venezuela, magíster en Ciencia Política por la Pontificia Universidad Católica de Chile y doctoranda en Procesos Políticos Contemporáneos por la Universidad de Santiago de Compostela. Fue presidenta de la Asociación Chilena de Ciencia Política (2000-2002) e integró la Comisión Boeninger para la Reforma Electoral (2006). Es directora ejecutiva de la Fundación Chile 21.

Palabras claves: gobierno, oposición, derecha, Concertación, Sebastián Piñera, Chile.

las urnas luego de la candidatura de Joaquín Lavín que, en 2000, obligó a Ricardo Lagos a competir en segunda vuelta.

Para quienes miran los fenómenos políticos en clave regional, este resultado podría suponer un vuelco en relación con el «giro a la izquierda» que venía caracterizando América Latina. Para otros, la llegada de Piñera a la Presidencia, al concretar el principio de alternancia, representaría una muestra palpable del fin de la transición chilena. Según el informe Latino-barómetro de 2010, el país ha alcanzado su punto más alto de satisfacción con la democracia en 15 años de medición, con 56%. Sin embargo, resulta paradójico que el actual presidente ganase en el marco de una elección en la que la abstención y el voto nulo y en blanco alcanzaron su nivel más alto desde 1988, lo que lo convirtió en el mandatario elegido con menos votos desde la recuperación de la democracia.

Piñera asumió el gobierno en medio de las réplicas del megasismo que asoló el país el 27 de febrero de 2010. Baste señalar que 48% de los proyectos aprobados durante el primer año correspondió a iniciativas vinculadas a la reconstrucción. A ello se sumó el rescate de los 33 mineros atrapados en una mina: pese a que el resonante hecho develó las deplorables condiciones laborales de un país orgulloso de haber sido admitido en

la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el exitoso operativo de salvataje le permitió a Piñera hablar del *Chilean way*, entendido como una forma de hacer bien las cosas, con eficacia y sentido de urgencia, fácilmente conectable con su exaltación de las virtudes asociadas al *management* y el dinamismo empresarial.

Con todo, al cumplirse el 11 de marzo de 2011 un año de gestión, y a pesar de que el terremoto obligó al gobierno a asumir en medio de un clima de excepcionalidad, es posible efectuar un primer balance e identificar algunas tendencias.

■ Entre promesas y encuestas

¿Cómo evaluar un gobierno y sobre la base de qué criterios? El primero y más inmediato es contrastar sus acciones con sus promesas electorales. Durante la campaña, cuidadoso ante la inédita popularidad de la entonces presidenta Michelle Bachelet —que alcanzaba en ese momento el 80% de aprobación—, Piñera señaló que haría lo mismo que su predecesora, aunque mejor, y que junto al sistema de protección social que ella intentó instalar colocaría el llamado «sistema de oportunidades». Sus prioridades eran el crecimiento económico, el aumento del empleo (250.000 puestos de trabajo al año) y el combate contra la delincuencia. Teniendo en cuenta esos parámetros, debiera obtener

una buena nota: Chile recuperó la senda del crecimiento ya que alcanzó, a fines de 2010, el 5,2%; el nivel de empleo ha aumentado y los índices de temor y de victimización muestran un descenso.

Sin embargo las encuestas, que proveen otra modalidad para tomar el pulso al gobierno, dicen otra cosa. Rompiendo una tendencia sostenida, la popularidad de Piñera ha estado por debajo de la de su equipo, salvo en el momento estelar que supuso el rescate minero. Algo también inusual es que, por momentos, la desaprobación es mayor que la aprobación. El presidente mantiene el piso duro de lo que fue su votación, alrededor de 40%, pero no ha logrado mayores avances en materia de aprobación, al punto que algunos analistas consideran que Chile asiste a un fenómeno peculiar en su historia política reciente: la conformación de un presidencialismo de minorías¹, que no cuenta con mayoría parlamentaria, pero tampoco ciudadana.

Una primera explicación de esta situación hace referencia al déficit de Piñera en aquellos atributos que Bachelet introdujo en la política chilena: honestidad, credibilidad y cercanía. Otros esgrimen que el presidente no separó sus negocios de la política con la celeridad esperada. Su lentitud en vender Lan Chile y sus acciones en empresas como la televisora Chilevisión habría

corroborado las sospechas de conflictos de interés que se van resolviendo a regañadientes. Una tercera hipótesis señalaría que el contraste entre los buenos indicadores objetivos y la evaluación subjetiva crítica se debe a que, si bien se crearon nuevos empleos –la mayoría en la categoría «por cuenta propia»–, estos están lejos de ser decentes. El contraste parece inevitable si recordamos que Chile tiene una de las peores distribuciones del ingreso del planeta² y que si bien destaca por haber reducido la pobreza, la desigualdad se mantiene como una asignatura pendiente.

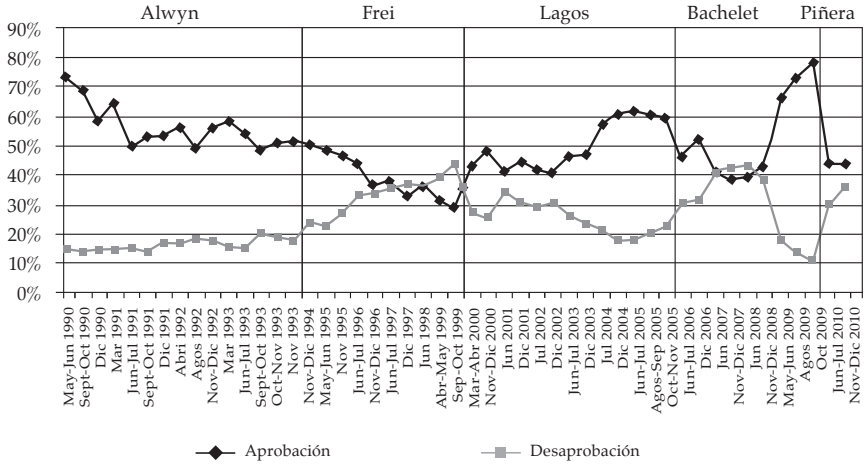
En los gráficos 1 y 2 se aprecia, por un lado, la evolución de la aprobación presidencial desde 1990 hasta la fecha, con el *peak* del rescate minero para el caso de Piñera y, por otro, el contraste con la aprobación del manejo económico del gobierno. En este caso, en los últimos años se observa una sistemática distancia entre aprobación presidencial y aprobación de la gestión económica, pero en el caso de la actual administración los porcentajes tienden a converger.

1. Gabriel Gaspar: «Téngase presente: un presidencialismo de minorías», 18/3/2011, <www.chile21.cl/2011/03/18/tngase-presente-un-presidencialismo-de-minoras/>.

2. Ver Guido Girardi, Carlos Ominami et al.: «Por una opción progresista y ciudadana. Una Nueva Concertación», Fundación Chile 21 / Fundación Friedrich Ebert, Santiago de Chile, 2009, p. 17.

Gráfico 1

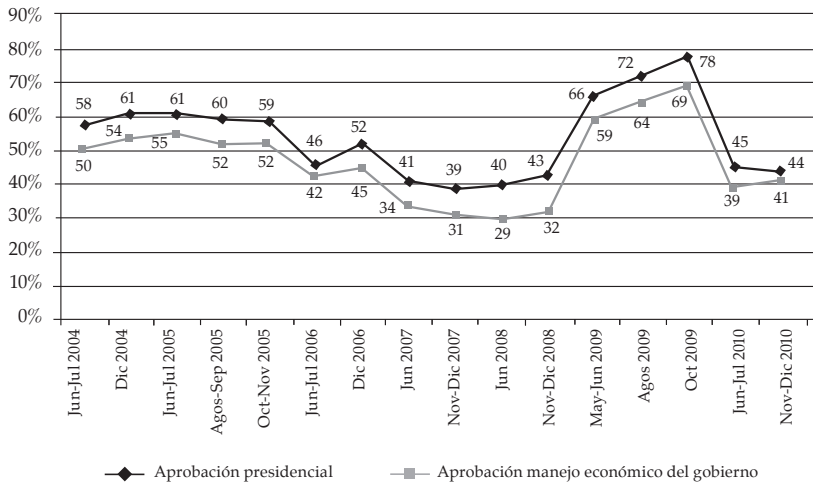
Porcentajes de aprobación y desaprobación de la gestión presidencial, 1990-2010



Fuente: encuesta del Centro de Estudios Públicos (CEP).

Gráfico 2

Porcentajes de aprobación de la gestión presidencial y del manejo económico, 2004-2010



Fuente: encuesta del Centro de Estudios Públicos (CEP).

■ Un examen en tres dimensiones: estilo, resultado y procedimientos

Más allá de la discusión en torno de los guarismos que exhiben las encuestas, lo que más agita el debate es el estilo de liderazgo que despliega el presidente Piñera. La observación del liderazgo presidencial es importante porque la manera en que los representantes son percibidos y evaluados por los representados hace referencia a la dimensión simbólica de la ostentación del cargo. En un país orgulloso de su solidez institucional, la prensa habla de «piñerismo» para reflejar un personalismo que, además, se exacerba mediante el recurso al despliegue mediático. Los partidos de la coalición gobernante resintieron, desde el comienzo, el carácter gerencial de su gabinete y la poca consideración que merecen, especialmente la Unión Demócrata Independiente (UDI). Esta tienda política que, hoy por hoy, constituye la bancada más importante, con 40 diputados, no logra disimular por momentos su desafección. Algunos de sus líderes reclaman desde la primera hora por la escasa consideración que reciben los partidos, lo que termina reflejándose en una débil coordinación para obtener apoyos parlamentarios. Ejemplo de ello fue la votación del presupuesto para el año 2011, en la que casi todas las enmiendas promovidas por la Concertación tuvieron el apoyo de algún parlamentario del oficialismo.

Para ser justos, no es Piñera el primer presidente que no da señales de brindar suficiente consideración a los partidos. La propia Bachelet es acusada de haber cimentado su popularidad sobre la base de la distancia que logró proyectar respecto a ellos. Pero al actual mandatario se le cuestiona además su débil sobriedad republicana, así como un ejercicio poco ortodoxo de la investidura presidencial. A juicio de algunos, este es un reflejo de su incompreensión de que «la fortaleza institucional reposa sobre realidades simbólicas que son indispensables para gobernar»³.

Piñera no pudo terminar su primer año de mandato sin realizar cambios en el gabinete. Estos se produjeron luego de la movilización de la región de Magallanes, la más austral del país, en rechazo al alza del precio del gas, y debido a la renuncia de Jaime Ravinet, ministro de Defensa procedente de la Democracia Cristiana (DC) —uno de los partidos del conglomerado opositor con el que se intentó concretar la «modalidad Sarkozy» de cooptación ministerial, apelando de paso a la unidad nacional—. La novedad de su decisión se centró en la integración a su equipo de dos experimentados senadores, Andrés Allamand y Evelyn Matthei, que fue interpretada como

3. Daniel Mansuy: «Por un presidente Presidente» en *La Tercera*, 26/1/2011, <<http://diario.la-tercera.com/2011/01/26/01/contenido/opinion/11-57294-9-por-un-presidente-presidente.shtml>>.

el fracaso de la apuesta gerencial inicial del presidente y una concesión a la importancia de la política sobre la técnica. Por otra parte, se señala que Piñera ha instalado prematuramente la carrera presidencial dentro de su gabinete (en Chile no hay reelección). Está por verse si se solucionarán las debilidades de conducción estratégica de un gobierno que, por momentos, olvida que no cuenta con mayoría parlamentaria y que no ha logrado resolver su relación con la coalición que le da sustento, denominada «Coalición por el Cambio».

Además de la relación entre el presidente y los partidos que lo apoyan, o de la relación con el Parlamento, que hace referencia a factores político-institucionales, resulta interesante analizar su vínculo con las organizaciones sociales, puesto que se preveía un rebrote del descontento movilizador frente a un gobierno de derecha. Pero si bien durante el transcurso del año se observaron movimientos en ámbitos tan diversos como el medioambiental, el étnico o la administración pública –algunos de los cuales han recurrido al potencial de difusión de las redes sociales–, lo cierto es que no puede hablarse de una tendencia sostenida. Ya durante el gobierno de Bachelet el país asistió a algunas manifestaciones masivas de descontento, como la rebelión de los estudiantes secundarios y la de los trabajadores subcontractados. Sin embargo, se trata por ahora de brotes

puntuales que no logran alterar significativamente un estado de situación en el cual, como afirma Gonzalo de la Maza, «la mediación de intereses transcurre con más frecuencia a través de los vínculos entre privados o bien a través de instancias de mediación técnica. Los partidos políticos canalizan marginalmente la relación entre sociedad civil y Estado»⁴. Por otra parte, prosigue De la Maza, «la desarticulación social no se ha convertido en movilizaciones colectivas, ni en demandas políticas, sino que se expresa principalmente a través de temor e inseguridad, desafiliación política y debilitamiento de los lazos colectivos y comunitarios»⁵.

La transición a la democracia ha asistido a la instalación de una visión ultraliberal de la ciudadanía, mediante la cual se incentivan la actividad privada, el intercambio en el mercado y la asociación voluntaria por sobre la deliberación pública y la idea de organización como instrumento de expresión de demandas.

En materia de resultados de política, Piñera ha logrado desconcertar a sus oponentes que, con la expectativa de un comportamiento de derecha clásico, jamás se imaginaron que promovería un alza de impuestos con el

4. «Construcción democrática, participación ciudadana y políticas públicas en Chile», tesis de doctorado, Universidad de Leiden, 2010, p. 108.

5. *Ibíd.*, p. 97.

objetivo de financiar la reconstrucción⁶.

Esa medida fue el preámbulo para asumir temas tradicionalmente ajenos a las preocupaciones de su sector, tales como derechos humanos, cultura y medio ambiente, intentando deslastrarse de la derecha tradicional. Esto ha llevado a formular la idea de una «Nueva Derecha». Su fuente de inspiración ha sido la forma en que el líder británico de los conservadores, David Cameron, supo arrebatar al laborismo banderas de lucha emblemáticas. Algunos, sin embargo, desconfían de la autenticidad del intento y lo interpretan como una «simulación estratégica», por cuanto el gobierno se ve obligado, si desea proyectarse más allá del actual periodo, a construir una mayoría más amplia que la que le permitió el triunfo, que los analistas evalúan como circunstancial.

Mientras tanto, las entrañas del gobierno son testigos de diferentes tensiones que tienen un extraño aire de *déjà vu* con las lógicas que experimentó la Concertación mientras fue gobierno. Nos referimos a la batalla que enfrentó a los llamados «autocomplacientes», satisfechos de los logros gubernamentales y del rol asignado al mercado, y los «autoflagelantes», quienes demandaban un papel más protagónico del Estado y expresaban su disconformidad con el rol hegemónico del Ministerio de Hacienda en las decisiones gubernamentales.

Hoy las rivalidades se producen entre bandos bien diferenciados. Por un lado, entre liberales y conservadores, que contienden en el terreno de los llamados «temas calóricos». Piñera se comprometió durante su campaña a impulsar una ley de unión civil que regule las uniones de hecho, lo que incluye también a las parejas homosexuales, algo que no es fácil de digerir para los conservadores, que claman por la reposición de valores tales como la familia, el orden, la patria y el esfuerzo personal frente a lo que catalogan como «sismo espiritual» producido por los gobiernos concertacionistas. Por otro lado, la rivalidad entre tecnócratas y políticos, en la que los primeros buscan evitar con particular celo los posibles desbordes del gasto fiscal.

6. El alza, según algunos, resulta engañosa, por cuanto existen otras fuentes que permiten contar con los 1.000 millones de dólares que desea obtener el gobierno, de forma segura y sin tener que entregar a cambio concesiones a la gran minería. Las empresas gozan de una invariabilidad tributaria hasta 2017 y por ende cualquier cambio en la recaudación tiene que lograrse mediante un cambio voluntario a un régimen de mayor IEM. Así, el dueño del recurso (el Estado) ha quedado imposibilitado de acceder a los beneficios de las enormes alzas de los precios en el mercado internacional, y aunque su recaudación se ha incrementado, este aumento no tiene parangón con el incremento de las utilidades de la gran minería privada. Para más detalles, consultar Hernán Frigolet: «La política económica en el gobierno de Piñera» en Fundación Equitas: *Barómetro de Política y Equidad. Una nueva forma de gobernar. La instalación*, Fundación Friedrich Ebert / Fundación Equitas, Santiago de Chile, 2010, pp. 55-56, disponible en <www.fundacionequitas.org/descargas/bpe_final.pdf>.

En el campo de la igualdad de género, visibilizada por Bachelet como un asunto de Estado con la paridad ministerial como estandarte, se ha retrocedido a una visión «familista» y conservadora. Es cierto que la Concertación no cambió sustantivamente el paradigma de género que sustenta las políticas, y que se mantienen el rol central de las mujeres en el marco de la familia tradicional y la idea de «trabajo» reducida a enfrentar la brecha salarial. Pero a su vez se logró dar la impresión, tanto en el discurso como por la vía de la acción del Estado, de que se dejaba atrás una visión de intervención centrada en las necesidades prácticas del género para avanzar en sus intereses estratégicos, situando la aspiración a la igualdad entre hombres y mujeres en el contexto del respeto a los derechos humanos y la construcción de ciudadanía. Hoy, en cambio, la situación es más ambigua. Por un lado, se promueve una imagen de mujer unidimensional, por cuanto la prioridad gubernamental es el incremento de la fuerza laboral femenina, olvidando las demandas relativas a las autonomías de tipo físico y político; y, por otro, se observan cambios que no son solamente semánticos: las mujeres hemos pasado de ser sujetos de derecho –visión inspirada en el régimen internacional de los derechos humanos– a portadoras de valor –dentro de un esquema esencialmente productivista–.

En materia de procedimientos, a pesar de que el exitoso desenlace del episo-

dio minero empujó al presidente Piñera en las encuestas y le brindó la oportunidad de validar con hechos la promesa eficientista de su administración, lo cierto es que el tiempo ha demostrado que fue más una excepción que producto de la esencia del gobierno. En efecto, a la lentitud y las falencias en el proceso de reconstrucción de las zonas asoladas por el terremoto se suman renuncias, remociones e improvisaciones que se han venido acumulando en la gestión diaria del Estado. Por otro lado, aunque el piñerismo criticó las comisiones que Bachelet instaló durante su mandato para deliberar en torno de diversos temas de interés público como síntoma de incapacidad y lentitud para tomar decisiones, una vez en el gobierno Piñera decidió emularlas. Sin embargo, no se observan resultados como los que obtuvo su antecesora quien, por ejemplo, extrajo de la Comisión para la Reforma Previsional (también llamada Comisión Marcel) la propuesta que le permitió impulsar una de sus políticas más señeras.

■ Una Concertación «desconcertada»

En cuanto a la Concertación, la coalición de centroizquierda que gobernó el país desde 1990 hasta 2010, constituye hoy la parte medular de una oposición que, además de los partidos, se expresa a través del Parlamento, aunque carece de correlatos sociales y culturales. Uno de los desafíos para la Concertación es reconstruir

el vínculo con las organizaciones sociales después de 20 años de gestión gubernamental en los que se enfocó en sus funciones político-institucionales por encima de sus vinculaciones sociales. Por otro lado, el paisaje de medios de comunicación existente no le es particularmente afín: la prensa se concentra en dos grandes consorcios (El Mercurio y Copesa) de orientación conservadora y en favor del libre mercado.

Si bien es cierto que se ha mantenido unida en torno de los cuatro partidos que la componen⁷, contraviniendo las hipótesis de ruptura una vez que abandonase el poder, la Concertación ha venido desplegando un comportamiento errático, parcialmente entendible por el escaso margen que ofrece un régimen hiperpresidencial⁸. A esto se suma su resistencia a analizar de manera serena y rigurosa las causas de su derrota electoral⁹. Así, durante 2010, la centroizquierda reaccionó primero duramente a los anuncios del gobierno, para luego dar paso a negociaciones y a una salida consensuada, lo que se expresó en las regalías mineras y en la reforma educacional. De hecho, de los 86 proyectos presentados por el Poder Ejecutivo, 44% fue aprobado con los votos de la Concertación, lo que habla de una oposición más bien colaboracionista¹⁰. Así como el gobierno debe lidiar con sus propias tensiones internas, la oposición enfrenta otro tanto. Por un lado, se divide entre lógicas inerciales, confiadas

en la posibilidad del retorno de Bachelet –la líder concertacionista mejor posicionada para enfrentar la candidatura presidencial de 2014–, y demandas por configurar un referente amplio y diferente, que permita avanzar hacia una nueva mayoría social y política. Por otro, todavía no logra vislumbrar con nitidez su papel y se debate entre constituir una oposición que contiene o bien una oposición colaboracionista. Se trata, además, de una oposición desafiada por la necesidad de ganar credibilidad porque, para muchos, sus cuestionamientos al actual gobierno no resultan sinceros

7. El Partido Socialista (ps), el Partido Demócrata Cristiano (dc), el Partido por la Democracia (ppd) y el Partido Radical-Socialdemócrata (PRSD).

8. Alejandro Sáez Rojas: «Piñera y la Concertación: cómo se 'han robado' las banderas de lado y lado» en *El Mercurio*, 13/3/2011, B7.

9. Para profundizar en las causas de esta derrota electoral, v. Yesko Quiroga y Jaime Ensigna (eds.): *Chile en la Concertación (1990-2010). Una mirada crítica, balance y perspectivas*, tomo II, Fundación Friedrich Ebert, Santiago de Chile, 2010. Si bien son una multiplicidad de factores los que la explican, resulta interesante la explicación de clase. Ya la Concertación, en 1999, se vio desafiada por el candidato de la derecha, Joaquín Lavín, en los sectores populares. A partir de ahí, los resultados se fueron haciendo más estrechos. Solamente la elección de Bachelet logró frenar una tendencia que se actualizó en 2010, cuando los sectores populares de entonces, convertidos en sectores medios ascendentes, decidieron abandonar a la Concertación. Para más detalles, v. Mauricio Morales: «Más allá de las primarias. ¿Por qué perdió la Concertación?» en *El Mostrador*, 26/11/2010, disponible en <www.elmostrador.cl/opinion/2010/11/26/mas-alla-de-las-primarias-%C2%BFpor-que-perdio-la-concertacion/>.

10. Macarena Lobos Palacios: «Balance legislativo: El ruido comunicacional de La Moneda» en *La Segunda*, 26/1/2011, p. 9.

ya que aluden a cuestiones que no enfrentó mientras estuvo en el poder.

Adicionalmente, el bloque opositor no ha podido hacer valer la mayoría con que cuenta en el Senado por las diferencias internas que se arrastran desde el gobierno de Bachelet, cuando comenzó a producirse el fenómeno del «transfuguismo», es decir, el abandono del partido de origen por parte de varios parlamentarios sin perder el escaño durante la legislatura para la que fueron elegidos. Ello ha conllevado el reconocimiento de la necesidad de buscar mecanismos que otorguen orden y disciplina al comportamiento parlamentario.

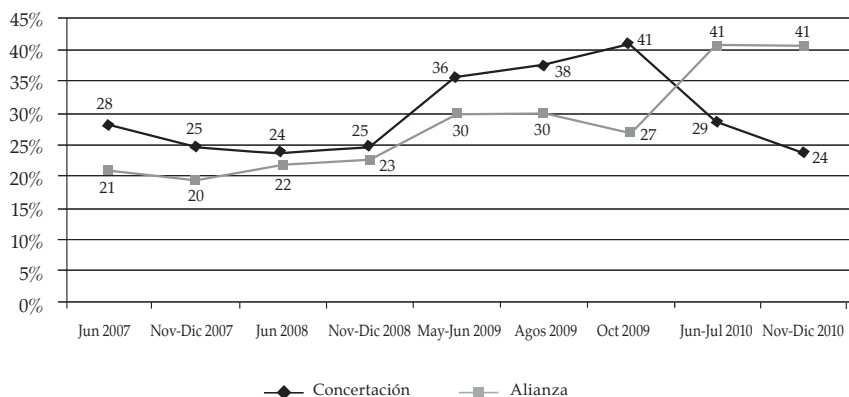
Ser oposición, en un país como Chile, presenta desafíos no solamente

estructurales, derivados del régimen político, sino también culturales. Aparentemente, los chilenos no logran identificar con nitidez el rol contendor y de fiscalización que le cabe a la oposición. En las mediciones de opinión, aproximadamente 80% señala que gobierno y oposición deben trabajar juntos, tal como lo muestra la Encuesta del Centro de Estudios Públicos en el año 2007.

En el gráfico 3 se aprecia la evaluación que recibía a fines del año pasado la Concertación: 24%, frente a un 41% de aprobación de la coalición de gobierno. Al parecer, el hecho de ser gobierno favorece las posibilidades de evaluación más positiva para la coalición a cargo.

Gráfico 3

Porcentajes de aprobación de las principales alianzas políticas, 2007-2010



Fuente: encuesta del Centro de Estudios Públicos (CEP).

■ En busca del horizonte perdido

En síntesis, el gobierno de Sebastián Piñera presenta, en su primer año, dos caras: una de luz, expresada en el rescate de los mineros, y otra sombría, en virtud de la lentitud de la reconstrucción posterremoto, que deja en evidencia la debilidad del discurso de la eficiencia.

Ad portas de su segundo año, que será clave para la obtención de logros concretos, puesto que se verá expuesto a su primer test por las elecciones municipales de 2012, el presidente ha prometido impulsar las «Siete reformas estructurales», centradas en seguridad ciudadana, pobreza, modernización del Estado, medio ambiente, institucionalidad democrática, salud y educación. Analizadas en detalle, no son más que medidas que no aspiran, en ningún caso, a modificaciones de la estructura económica y social. Más bien, lo que se busca con ellas es acallar críticas de distinta naturaleza. Unas, que advierten sobre las limitaciones de un relato centrado en el eficientismo pero vacío de ejes estratégicos que permitan identificar con nitidez el rumbo al que se orienta el país. Otras, enfocadas en la naturaleza del propio gobierno, donde se distinguen dos orientaciones: por un lado, los que señalan que la presidencia de Sebastián Piñera no es más que un «quinto gobierno de la Concertación»; por el otro, las que advierten

intenciones de refundación política, de la que los embates privatizadores constituirían, apenas, un aspecto¹¹.

Si bien no cabe duda de que la alternancia se ha producido en un contexto de estabilidad institucional y de razonable capacidad de respuesta a la crisis global, flota en el ambiente una pregunta, todavía sin respuesta: ¿hacia dónde va Chile? A pesar del intento de ratificar su imagen de «país modelo» con la reciente visita de Barack Obama, existe la difusa sensación de que el país camina, sí, pero hacia ninguna parte. El mismo Latinoómetro viene advirtiendo desde hace algunos años sobre el estado de marasmo, cuando señala que los chilenos parecen estar contentos con su democracia pero no esperan gran cosa de ella. Sin embargo, esto podría comenzar a cambiar, a pesar del escepticismo de ciertos analistas que no advierten, en el escenario actual, incentivos para modificar el estado de cosas existente, catalogado como de democracia inercial o de «baja intensidad»¹².

11. El gobierno ha anunciado su intención de enajenar las acciones que posee en empresas sanitarias, con el fin de financiar el gasto público.

12. Se ha señalado que las características del sistema político chileno, en particular del sistema electoral, así como la concentración económica y la fortaleza del capital financiero, llevan a que el sistema se reproduzca mientras existan buenos mercados y precios para el cobre. Ver Antonio Cortés Terzi: «Elites y tecito simple» en *La Nación*, 10/2/2008, p. 7.

En este marco, se comienzan a advertir señales tanto en el ámbito económico como en el político. El gobierno ha declarado que su meta es lograr que Chile sea «un país desarrollado, sin pobreza y con oportunidades para todos». Si bien es cierto que Chile ha comenzado a crecer, incluso personalidades afines al gobierno como el ex-ministro de Hacienda del régimen militar Hernán Büchi señalan que esto es producto del impulso de la demanda interna poscrisis y de las positivas cifras del sector externo, pero que no se observa ánimo de emprender reformas estructurales en favor del crecimiento. Curiosamente, estas advertencias están permitiendo abrir las rendijas para comenzar a cuestionar –todavía de forma incipiente, ya que en el debate público impera el pensamiento económico neoliberal más ortodoxo– el tipo de modelo de crecimiento que Chile ha adoptado y sus efectos en la distribución primaria del ingreso. El propio ex-presidente Ricardo Lagos ha señalado que no debe confundirse crecimiento económico con desarrollo y ha llamado a «definir qué tipo de sociedad queremos construir en Chile

durante los próximos 20 años y abordar, ahora, los cambios para sentar las bases de ese futuro»¹³.

Durante el gobierno de Bachelet se aprobó una reforma constitucional que autorizó la inscripción automática y el voto voluntario. Si bien todavía no se observan sus frutos en materia de reformas políticas, como resultado de estos cambios podrían ingresar en el padrón cuatro millones de chilenos que actualmente no votan. Se trata mayoritariamente de jóvenes, y los estudios señalan que están más orientados por el clivaje liberal-conservador que por el eje tradicional autoritarismo/democracia que movilizó en el pasado el comportamiento electoral de los chilenos. En un sistema político caracterizado por cierta lentitud para los cambios, que algunos interpretan incluso como predecibilidad, esto puede introducir una buena dosis de incertidumbre. ☒

13. «Chile 2030: Siete desafíos estratégicos y un imperativo de equidad», 2011, <www.elquinto.poder.cl/static/Chile_2030_rl.pdf>.